

que en lo que mira al servicio de Dios no debemos atender á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos pide; que las censuras y las burlas son siempre la recompensa de la verdadera piedad; que no es posible agradar á los hombres, y ser siervo de Jesucristo; que el celo que quisiera ganar para la virtud los votos públicos, no seria mas que una soberbia disfrazada que los pretenderia para sí misma; que toda la seguridad de los justos en la tierra consiste en la injusticia que con ellos usa el mundo; que el desprecio es el asilo mas seguro de su virtud; que no es este el tiempo de su manifestacion, y que no tendrán derecho de manifestarse hasta que parezcan con Jesucristo en su gloria.

21. No obstante, si bien lo reflexionamos, por mas justos que seamos, siempre contamos mucho con los hombres; casi no vivimos sino para nosotros; nos interesa poco lo que somos á nuestra vista y á la vista de Dios; solo parece que nos mueve y ocupa lo que somos á la vista de los hombres; y cuidando poco de nuestra perfeccion, todo nuestro cuidado se reduce á enriquecer esta idea quimérica de nosotros mismos que existe en el espíritu de los demás, por lo que nunca nos sucede el preguntarnos á nosotros mismos lo que en realidad somos, sino que continuamente estamos preguntando qué piensan los demás de nosotros. De este modo toda nuestra vida es imaginaria y fantástica; aun el error que hace que nos tengamos por lo que no somos, lisonjea nuestra soberbia; nos dejamos llevar de las alabanzas que desconoce nuestro mismo corazon; tenemos por honor el engaño del público; y mas nos ensalzamos con el error que nos atribuye falsas virtudes, que lo que nos humillamos con la verdad que nos hace conocer nuestros defectos y nuestras verdaderas miserias.

22. El último carácter de la soberbia es aquella ficcion de la vanidad que busca la fama aun en el mismo humillarse, que solo parece se abate á vista de los hombres, para que estos con sus aplausos la ensalcen mucho mas de lo que se habia humillado. Y á la verdad, católicos, que casi no hay humildad sincera: no nos ocultamos sino para ser mas conocidos; no huimos de la gloria sino para que la gloria nos siga; no renunciamos los honores sino para ser honrados; no sufrimos los desprecios sino cuando nos resulta gloria de ser despreciados. La soberbia tiene mil arbitrios imperceptibles aun á nosotros mismos, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se ordena á la humildad.

23. Este, pues, es el escollo que nos enseña á evitar el Verbo

anonadándose en este misterio. Revístese de la semejanza del pecado, pero para sufrir toda su vergüenza; se carga de nuestras iniquidades, pero para ser la víctima que satisfaga por ellas; quiere ser tenido por un samaritano y por un enemigo de la ley, pero para ser castigado como un engañador; se oculta cuando quieren reconocerlo por rey, pero es para morir como un esclavo. Los mas vergonzosos ultrajes son la recompensa de sus abatimientos: los hombres le desconocerán hasta el fin, y morirá con todo el mérito de su humildad.

24. Pero nosotros, católicos, si sufrimos con paciencia la calumnia, es porque prevemos que la verdad la ha de confundir, y que ha de ceder en gloria nuestra: nos agradan las obras de humildad, porque no da lugar nuestra clase á que se ignore que nos humillamos: nos gustan los oprobios leves en que nuestra vanidad ve pronto el remedio; y aun las almas mas fieles necesitan de algun otro atractivo que les suavice el desprecio, mas que el gusto de ser despreciadas: perdonamos, pero dando á conocer que somos los ofendidos, y que cedemos de nuestro derecho: nos adelantamos á reconciliarnos, pero no nos disgusta el que se sepa que solamente la piedad ha tenido parte en esta accion: hablamos bien de los que nos infaman, pero es por quitar todo el crédito á sus calumnias. Finalmente, es cosa difícil el no buscarse á sí mismo; y mucho mas en el abatimiento que en la elevacion, porque cuanto mas parece que el hombre se olvida de sí, tanto mas cuida la soberbia de hacer que se busque á sí mismo.

25. Avergoncémonos, pues, de nuestra flaqueza, católicos; miremos con frecuencia á nuestro ejemplar; adoremos las primeras disposiciones del alma santa del Verbo encarnado en sus nuevos abatimientos: pensemos alguna vez en que la soberbia es casi nuestro único delito, y que si pudiéramos olvidarnos absolutamente de nosotros mismos, estaríamos libres de mil manchas secretas que no conocemos, y que apartan á Dios de nuestro corazon; reprendámonos continuamente este monstruoso conjunto de nuestras miserias con nuestras vanidades; ese principio de corrupcion que sentimos en nosotros mismos, con estos deseos de gloria que tienen parte en nuestras obras; aquella ley de la carne que nos humilla, con aquellos pensamientos de elevacion que nos ensoberbecen. En una palabra, lo que somos con lo que quisiéramos parecer. Visto ya que despues del abatimiento de un Dios no hay cosa mas injusta para el hombre que el querer ensalzar, escuchad ahora como, despues que un Dios anonadado se cargó de nuestros dolores y enfermedades

des, no hay cosa mas vergonzosa para el hombre que el buscar una vida descansada y feliz en la tierra.

Segunda parte: Un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos.

26. El hombre en el estado de la inocencia debiera pasar una vida feliz y tranquila; la tierra solo habia recibido su fecundidad para proveer á sus castas delicias; sus sentidos no estaban destinados mas que á conducirlo á la conservacion de su ser con impresiones suaves y agradables; todas las criaturas debian servir á su felicidad, pues en la mente de su Autor todas habian sido destinadas para su uso; y bajo el dominio de un Dios justo, nada podia hacerle desgraciado ni turbar sus placeres, mientras conservase su inocencia; pero el hombre pecador nació para padecer; todos los deleites de la vida están negados á un pecador, que ni aun vivir merece: el dolor es el natural estado del desórden; y es injusticia el que sirvan las criaturas á un infeliz que abusa de ellas y que se ha rebelado contra el Soberano.

27. Con todo eso, todavía es el deleite la pasion dominante de este hombre pecador; á pesar de su transgresion quiere vivir feliz, y la culpa, por la cual perdió el derecho y la esperanza, no le quitó el deseo; los trabajos, que han venido á ser la pena inseparable de su delito, no acaban de ser libre eleccion de su amor; y aunque condenado á padecer, nunca ha podido amar los trabajos; era preciso, pues, que un grande ejemplo le hiciese amable lo que le era necesario, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase el padecer para aplacar á su Dios.

28. Por esto el ministerio del Verbo encarnado es un ministerio de cruz y de trabajos: desde el primer instante de su union con nuestra naturaleza en el seno de María, renuncia al gusto sensible de que pudiera gozar, dice el Apóstol, y abraza la cruz que le presenta la justicia de su Padre; desde entonces, como víctima de nuestros pecados, pone su sagrada cabeza bajo la vara de la indignacion divina, y siente los primeros golpes de la severidad debida al hombre pecador; pero aun le esperan mas verdaderos rigores al salir de aquella humilde morada: apenas se abrirán sus ojos á la luz, cuando ya se verán correr sus preciosas lágrimas; con la edad irán creciendo sus trabajos; el hambre, la sed, el cansancio, que son las penas de nuestro pecado, serán el ejercicio de su amor; solo anunciará cru-

ces y tribulaciones; no prometerá su reino sino á la violencia; maldecirá á los placeres; no llamará bienaventurados sino á los que padecen; y temiendo que en lo sucesivo los hombres, que siempre son ingeniosos para suavizar su cruz, diesen á sus máximas interpretaciones favorables á su amor propio, espirará entre los brazos del dolor, y su doctrina no será mas que la relacion de sus ejemplos.

29. Digo, pues, que desde que el Verbo encarnó para manifestarnos el camino del cielo, y satisfacer por nosotros á la divina justicia, vino á pasar en la tierra una vida triste y penosa; luego no puede ya el cristiano vivir á gusto de sus sentidos, ni prometerse el llegar á la eterna salud por caminos suaves y fáciles. Á la verdad, despues que por este misterio se hizo Cristo nueva cabeza de un pueblo santo, y origen de una nueva vida, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros de Cristo, esto es, como haciendo parte de este cuerpo místico que vino á formar en la tierra, porque solo este penetrará los cielos, dice el Apóstol, y entrará con su Cabeza y su Pontífice en el verdadero santuario. Esto supuesto, católicos, ¿en qué consiste el ser miembro de Cristo? Consiste en estar animado de su espíritu, en vivir con su vida, y obrar por los mismos fines; consiste en no formar interiormente mas que sus santos deseos y pensamientos: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu*¹. En una palabra, consiste en seguir el destino de la cabeza, y conformarse con ella, morir á todo con ella, ser crucificado con ella, y no buscar, como ella no buscó, el consuelo de este mundo.

30. Ahora, pues, os pregunto, hermanos míos: El pasar toda la vida en unas costumbres tibias y sensuales; entregarse continuamente á todos sus gustos, con tal que en ellos no haya pecado grave; no ocuparse en otra cosa mas que en desenfadarse de las molestias de la vida mundana con la variedad de los placeres y de los espectáculos agradables á los sentidos, y pasar tranquilamente los días sin mas cuidados que los que nacen de la misma ociosidad y abundancia, ¿es esto ser miembros de Jesucristo, y vivir animados de su espíritu? ¿Qué tiene de comun el espíritu de Jesucristo con esta prudencia de la carne, que solo es ingeniosa para disculpar en sí misma la corrupcion de las costumbres; para condenar la obligacion de padecer como una invencion humana y una ley injusta, que reduce todas las máximas del Evangelio á no ser impío, ladron, ni adúltero, que confunde la naturaleza con la gracia, y mira á la cruz de Jesucristo como un objeto ajeno de la fe y de la piedad?

¹ Philip. II, 5.

31. No hablaron de este modo, católicos, á nuestros primeros padres aquellos hombres apostólicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesucristo: *Non ita didicistis Christum*¹. El espíritu de Cristo es un santo deseo de padecer, un continuo cuidado en mortificar el amor propio, en quebrantar su voluntad, en reprimir sus deseos, y prohibir á sus sentidos las inútiles mitigaciones. Esta es la realidad del Cristianismo y el alma de la piedad; si no tenéis este espíritu no sois de Cristo, dice el Apóstol; aunque no seais del número de aquellos impúdicos y sacrílegos que no tendrán parte en su reino, no por eso sois menos extraños de él; vuestros pensamientos no son los suyos; aun vivís sujetos á la naturaleza; no pertenecéis á la gracia del Salvador; pereceréis, pues, porque en él solo puso el Padre, dice el Apóstol, la salud de todos nosotros.

32. No falta quien se queje algunas veces de que hacemos á la piedad áspera é impracticable, prohibiendo mil placeres que autoriza el mundo. Pero ¿qué es lo que os decimos, católicos? Permitidos todos los placeres que se permitió el mismo Cristo, la fe no os permite otros: mezclad con la piedad todas las mitigaciones que el mismo Jesucristo mezcló con ella; el Evangelio no condesciende con mas: seguid todas las costumbres que pudo seguir el mismo Jesucristo; la Religion no tiene otra regla: es verdad que no todo lo que no es expresion de las costumbres de Cristo, ni impresion del espíritu de Cristo, es siempre obra que da la muerte; pero tampoco podrá ser obra de vida, y por lo menos siempre es un proceder ajeno de sus miembros, y del que les será preciso dar cuenta.

33. Este, católicos, es el fundamento de toda la piedad. Este el Evangelio, tanto del cortesano como del solitario, tanto del príncipe como del pueblo. Este el principal origen de las reglas de las costumbres, al que es preciso llegue el que quiera hallar el punto fijo que resuelve todas las dificultades que nos proponeis continuamente para autorizar todos los abusos de la vida mundana: vuestra conformidad con Jesucristo es la que debe decir si vuestro estado es cristiano ó profano, inocente ó pecaminoso. Cualquiera otra regla es falsa para vosotros, porque solo Jesucristo es vuestro camino. Los usos, las mudanzas de las costumbres y de los siglos, las opiniones de los hombres nada mudan de esta regla, pues Jesucristo, ayer, hoy y siempre será el mismo. ¡Oh Dios mio! y cómo quedarán arruinadas algun dia las decisiones del mundo en orden á nuestras obligaciones! ¡Y cómo se verá mudar el nombre á la pro-

¹ Ephes. iv, 20.

bilidad y regularidad mundana, que acá en la tierra asegura á tantas almas engañadas con una apariencia de virtud, cuando se las compare con Jesucristo crucificado! Allí se buscará su semejanza, y se las juzgará segun este modelo.

34. Es verdad, católicos, que tenemos el consuelo de que al mismo tiempo que Jesucristo nos impone una ley, por solo el carácter de su ministerio, de violentarnos y abandonarlo todo, al mismo tiempo nos hace amable la cruz con que nos carga. El padecer es para nosotros una suerte inevitable en la tierra, pero sin él hubiera tenido el hombre que padecer sin consuelo y sin mérito; viene, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos, y en vez de imponernos un nuevo yugo, viene á hacer suave y ligero aquel bajo el cual habian gemido nuestros padres tantos siglos.

35. Primeramente, su ejemplo quita á los trabajos todo su abatimiento y desprecio: es felicidad el padecer despues que él padeció; es cosa gloriosa el seguir sus pasos: Jesucristo lloró; las lágrimas, pues, deben servir de honor á sus discípulos: Jesucristo padeció hambre y sed; luego los santos rigores de la abstinencia consagran los cuerpos de los fieles: Jesucristo fue humillado, calumniado, despreciado; luego los santos abatimientos de los discípulos de la cruz son para ellos títulos de honor, y hay ignominias padecidas por la justicia que son mas gloriosas aun para con el mundo, que toda la gloria del mismo mundo.

36. En segundo lugar. La suavidad de su gracia mitiga la amargura de la violencia y de la propia abnegacion; convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, disputarse todo cuanto agrada, reglar con la ley rigorosa del espíritu los mas inocentes deseos de la carne, ser naturalmente vano, magnífico, presuntuoso, y reducirse á una modestia simple y cristiana, amar el gusto de los placeres, los deleites de la sociedad y de las conversaciones, y contener la viveza de estas inclinaciones en el silencio, en la oracion y en el retiro, haber recibido de la naturaleza un genio inclinado á la ociosidad y negligencia, enemigo de violentarse, excesivamente amante de sí mismo, y sujetar una carne que resiste al yugo y á las obligaciones mas penosas y tristes; convengo, vuelvo á decir, que este estado es trabajoso, y que este estado de violencia, si no estuviera mezclado con alguna suavidad, cansaria pronto á la flaqueza del hombre.

37. Pero no está en los sentidos el origen de los verdaderos placeres, sino en el corazon; á este, pues, aplica Jesucristo el remedio

y la suavidad de su gracia. Cuando en lo exterior todo le parece á la alma fiel triste, molesto y doloroso, un consolador invisible recompensa estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazón del hombre carnal, y le dice continuamente en lo interior de su alma, como decia en otro tiempo el padre de Samuel á su esposa afligida: ¿Por qué os dejais abatir de unos males que solo son aparentes? Reprimid vuestros suspiros, y enjugad vuestras lágrimas; ¿no puedo yo solo ocupar en vuestro corazón el lugar de todo lo que os falta? El amor que os tengo ¿no vale mas que todo cuanto llorais? *Anna, cur fles? Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* En una palabra, los deleites de los sentidos siempre la dejan triste, vacía é inquieta; los rigores de la cruz la hacen feliz; las puntas de la penitencia que penetran su carne llevan consigo el remedio; y semejantes á aquella zarza misteriosa, al mismo tiempo que solo ofrece á la vista de los hombres cambrones y espinas, tiene interiormente oculta la gloria del Señor, y con él lo posee todo. ¡Suavidad santa de las lágrimas y de la tristeza de la penitencia! Divino secreto de la gracia, ¿cómo no sois mas conocido del hombre pecador?

38. Finalmente, las promesas de Cristo quitan á los trabajos toda la inutilidad y desesperacion que tenían. Antes de que se manifestase en nuestra carne se padecia por la fama, por la patria, por la fortuna, por la amistad; pero la vanidad era corta recompensa de los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser dichoso: los públicos aplausos podian calmar el dolor en aquellos primeros instantes en que la embriaguez y novedad de la fama, y de vano heroismo sorprende al alma, y la sacan como fuera de sí misma; pero pasada la embriaguez conocia bien el hombre su desgracia y su locura: léjos de la vista del público todos aquellos héroes de la mundana ostentacion, aquellos mártires de la vanidad caian en la cuenta, y buscaban otros consuelos á sus males, mas que la reputacion y fama. Por eso el hombre entonces padecia sin consuelo, porque solo padecia por los hombres.

39. Pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, que mortifica sus sentidos, y reprime sus deseos, vive con la esperanza de otra vida eterna. Aun cuando sus penas no tuvieran consuelo en la tierra, las suavizaria la sola esperanza que está oculta en su seno. Una sola mirada hácia los años eternos restituye inmediatamente la alegría y la serenidad á su alma afligida. Un Dios encarnado es la seguridad de su confianza. Sus trabajos hallan en

Cristo un premio y un mérito digno de Dios. Cristo los presenta al eterno Padre como un sacrificio de buen olor. Con Cristo ha recibido ya en su persona la gloria y la inmortalidad que les ha prometido.

40. ¡Oh! cómo os sostiene, católicos, el consuelo de estas verdades, á los que ya ha mucho tiempo que entrásteis en los caminos de la justicia y de la salvacion! No dejéis, pues, entibiar vuestra fe bajo el peso de la cruz que habeis abrazado; no os acobarden los rigores y aspereza del camino; no os canseis en unos caminos tan santos; pronto se acabarán los dias de vuestra peregrinacion; ya estais tocando la corona inmortal; estos instantes rápidos de tribulacion pasarán como un relámpago. Esperad un poco. El Señor no tardará, ya va á manifestarse: hoy le veis bajar con nuestra enfermedad, pronto le veréis venir con su gloria. ¿Qué quiere decir el corto tiempo de algunos dias de lágrimas y de luto que inmediatamente se han de perder y aniquilar en el abismo de la eternidad? Pero ¿qué digo perderse? Se han de mudar en una nueva vida, en un dia sereno y eterno, en que se enjugarán las lágrimas, y el luto tendrá consuelo. Nada perece para el justo: vivid, pues, en la fe, esperad al Invisible como si ya le viésteis; pensad que todas vuestras mortificaciones, aun las mas secretas, están notadas por aquel fiel testigo que teneis en el cielo; que todos vuestros trabajos están depositados en los tabernáculos eternos, y que vuestros fervorosos suspiros se conservan entre los preciosos perfumes que presentan los ancianos al rededor del altar. Así cuanto mas os acercais al término, tanto mas sentís crecer vuestro fervor, y renovarse vuestras fuerzas. ¡Qué felicidad el ver dentro de poco, y como en un instante, desaparecer esta nube de nuestra mortalidad, y empezar el dia de aquella eternidad dichosa!

41. No puedo usar de las mismas palabras de consuelo con vosotros, católicos, los que vivís aun segun la carne: seria cosa inútil el manifestaros los bienes futuros de que no gustais, que no conocéis y que acaso no creéis. Me hubiera sido preciso confirmaros en la doctrina de la fe, y acabar manifestándoos que la union incomprendible del hombre con Dios en este misterio confunde la razon humana, y hace que no solo sea la fe necesaria, sino tambien razonable. Voy á concluir.

Tercera parte: Un Dios unido al hombre hace callar la razon y hace razonable la fe.

42. Á la verdad, católicos, no bastaba que la sabiduría de Dios en este misterio hubiese confundido la soberbia del hombre, haciendo que no pudiese hallar su salud sino en la humildad y en el abatimiento; que hubiese puesto freno á los desarreglados deseos de la carne, no dejándole mas herencia que la cruz y los trabajos; era tambien preciso para sanar todas sus heridas que cautivase su razon (la que por tantos siglos le habia extraviado tan tristemente en sus pensamientos), proponiéndola por único objeto de su culto, de su esperanza, de su consuelo, de su ciencia y de su sabiduría, la union del Verbo con nuestra carne; esto es, á Jesucristo, locura de la razon humana y la contradiccion mas incomprensible é insensata en la apariencia.

43. El medio mas seguro de detener estos insaciables é inútiles deseos de saberlo todo y de comprenderlo todo, que hasta entonces habian engañado á los maestros tan ponderados de la sabiduría humana; aquella vana confianza que prometia el descubrimiento de la verdad con solas las fuerzas de la razon; aquella desenfrenada licencia que todos los dias producía nuevos mónstruos, creyendo hallar nuevas verdades; el medio, vuelvo á decir, mas seguro de detenerle, era la locura del Evangelio, quiero decir, el Verbo hecho carne y la sabiduría de Dios ignorada de los poderosos y sábios del siglo en este misterio.

44. ¡Oh hombre! De aquí puedes inferir que el Autor de tu ser no quiere salvarte por la razon, sino por la fe que te le oculta; que no debes buscarle con los vanos esfuerzos del entendimiento, sino con los movimientos del corazon; que la verdad que te ha de liberar solo te se manifiesta acá en la tierra en enigma, y que para conocer es necesario creer: *Credite, et intelligitis*. No quiero decir que la Religion nos propone solamente misterios que exceden nuestra capacidad, ni que nos prohiba absolutamente el uso de la razon; tiene tambien sus luces como sus tinieblas, para que por una parte la obediencia de los fieles sea racional, y por otra no carezca de mérito. Vemos lo suficiente para ilustrar á los que quieren conocer; no vemos lo bastante para forzar á los que no quieren ver: la Religion tiene suficientes pruebas para no dejar á una alma fiel sin seguridad y sin consuelo; no tiene bastantes para dejar sin réplica á

la soberbia y á la incredulidad. De este modo la Religion, por la parte que tiene de claridad, consuela á la razon, y por la que tiene de oscuridad, deja todo su mérito á la fe.

45. Con todo eso, hoy todo el mundo está lleno de cristianos filósofos y de fieles que se hacen jueces de la fe: todo lo mitigan, todo quieren fundarlo en razones: con conservar la raíz de la doctrina cristiana y de la esperanza en Jesucristo, pretenden formarse una religion mas sana, haciéndosela mas clara y mas inteligible; desconfian de todo lo que en sí tiene algo de prodigioso y extraordinario; fomentan dudas acerca de las eternas llamas que preparó la divina justicia para el impío y el impuro: quieren penetrar los fines de Dios en órden á la suerte de los hombres, y con unas ideas de su bondad, puramente humanas, reformar ó su terror ó su incomprendibilidad: se atreven á examinar si podemos nosotros ser herederos de la culpa ó del castigo de nuestros padres, y si nuestra profunda corrupcion proviene mas de la naturaleza que del pecado: preguntan continuamente, ¿por qué se nos han de imputar á pecado las inclinaciones al deleite, que parece nacieron para nosotros? Hallan inconvenientes en la venerable historia de nuestros santos Libros: censuran los hechos raros y maravillosos, que nos han conservado en ellos unos hombres inspirados de Dios, unos hechos obrados en otro tiempo por el Señor para libertar á su pueblo: dudan de cómo pudo criar un mundo que no habia; exterminar á toda la carne en las aguas del diluvio; salvar la especie de los hombres y de los animales en una sola arca; abrir y cerrar el mar para facilitar la huida de su pueblo; mantenerle en el desierto con un pan milagroso; guiarle con una resplandeciente nube, y mandar al mismo sol que se detuviese en su carrera para acabar de vencer los enemigos de su nombre: ¿qué mas diré? Quieren hallar en las fuerzas de la naturaleza la posibilidad de estos extraordinarios prodigios, en los que la fe de nuestros padres conoció siempre el dedo de Dios, y mudan la historia de la Religion y las apariciones del Señor á los hombres en sucesos casi en todo naturales y monumentos demasíadamente ponderados por una prudencia absolutamente humana. De este modo, ¡oh Dios mio! el hombre insensato se disputa á sí mismo el consuelo de creer que habeis obrado maravillas en su favor, y pone todo su estudio en afear los mas hermosos títulos de su gloria y esperanza.

46. Pero, católicos, desde que adorais á un Dios hecho hombre, es locura, dice un santo Padre, el discurrir sobre los misterios

que nos propone la Religion como inaccesibles á nuestra capacidad. No hay cosa tan incomprensible que no allane y haga creíble Jesucristo, Dios y hombre; ó negad, pues, á Jesucristo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; ó blasfemad con el impío, diciendo que no es mas que hijo de María y de José; ó si confesais que es el Cristo Hijo de Dios vivo, dejad de buscar dificultades en los demás misterios de la fe. Un cristiano no debe disputar de los caminos de Dios, si es que ha de proceder consiguiente. Por eso el Apóstol llama á Cristo el autor y consumidor de nuestra fe: *Auctorem fidei, et consummatorem Jesum*¹. Es el autor, porque nos la inspira; es el consumidor, porque es, por decirlo así, su perfeccion y su mas alto punto, y fuera de él no tiene la fe cosa mas alta ni mas incomprensible que poder proponer á la razon humana.

47. Meditemos, pues, católicos, continuamente el misterio de Jesucristo, Dios y Hombre. En él hallaremos la solucion de todas las dificultades; porque hallaremos en él un nudo aun mas indisoluble: iluminará á nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia haciéndonos conocer la necesidad de la fe. Imitemos la docilidad de María, constituida hoy Madre del Verbo encarnado. El ministro del cielo la anuncia que será virgen y fecunda; que el que de ella ha de nacer, será Hijo del Altísimo y obra únicamente del Espíritu Santo. ¿Qué cosa mas á propósito para alterar toda la razon? Con todo eso, sin dudar, sin examinar, sin pedir señal alguna por prenda de este misterio tan increíble, cree, y adora el poder y los designios de Dios para con ella. Zacarías, en la edad y esterilidad de Isabel, halló razones especiosas para dudar de la divina promesa, y á pesar de los célebres ejemplos de Sara y de la madre de Samuel, duda y desconfía; al contrario María; en un misterio en que todo es nuevo é incomprensible, sin hallar en la historia de las maravillas del Señor nada que pueda asegurarla por semejante, no quiere mas prenda de su fe que la omnipotencia y la verdad del que se la pide. Una virgen sencilla é inocente cree sin recelo; y un sacerdote instruido en la ley duda y desconfía de la divina promesa. La mucha ciencia siempre usurpa alguna cosa á la simplicidad de la fe, y por un inevitable destino en el estudio de las ciencias humanas, inseparable por lo comun del amor propio y de la soberbia, la sumision que nos hace fieles parece que por una parte pierde lo que ganan por otra las luces que nos hacen instrui-

¹ Hebr. xxii, 2.

dos; como si siendo mas sábios no debiéramos conocer mejor la flaqueza de la razon y la incertidumbre y oscuridad de sus luces.

48. Y á la verdad, católicos, ¿de qué sirven las vanas reflexiones acerca de la doctrina santa? Si la salvacion dependiera de la razon, motivo tendríais para desconfiar de todo lo que no podeis comprender; pero la justificacion nace de la fe, y se perfecciona con la fe; ¿por qué temeis, pues, como un escollo las santas oscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

49. Vivid, pues, con la fe, católicos, y empezad purificando vuestro corazon; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesucristo en vuestro interior; con él teneis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría; afirmaos en la caridad, este es el único medio de hallar la verdad; no conocemos á Dios sino cuando le amamos; acordaos de que un corazon corrompido no podrá tener una razon sana y pura; que cuanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espíritu estas divinas verdades, las que veremos claramente cuando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.

ASUNTOS

PARA LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

1.º *Fecit mihi magna qui potens est.* (Luc. ii). *Pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata.* (Cant. vi). Se hace ver á María, con respecto al cielo, bella á los ojos de Dios; con respecto á la tierra, escogida delante de los hombres; con respecto al infierno, terrible á los demonios. En su Anunciacion es elevada á ser Madre de Dios; de consiguiente, bella á sus ojos: á ser Madre de un Dios-Hombre; de consiguiente escogida delante de los hombres: á ser Madre de un Dios Salvador; de consiguiente terrible á los demonios.

2.º Con aceptar María la encarnacion del Verbo que se le propone, despliega un carácter mayor que el mismo carácter de una tal maternidad, porque muestra: 1.º un amor de la pureza, mayor que la dignidad con que se la brinda, amor que imita la pureza misma